

CAPÍTULO V

LA ERA CRISTIANA

Teodora. Magdalena

LA HISTORIA de la humanidad se halla dividida en dos grandes períodos. El primero abarca toda la antigüedad, desde la "creación" o desde el fin de las épocas prehistóricas hasta el advenimiento del cristianismo, poco antes del derrumbe del imperio romano. El segundo período comprende una parte de la antigüedad, la Edad Media y la época moderna hasta nuestros días. La era cristiana comenzó al mismo tiempo con la divulgación de las doctrinas esenias (originarias de Siria) y con las expuestas en los libros mitriacos. Los mártires de estas doctrinas contribuyeron a que ellas llegaran a ser populares. El cristianismo llegó a una ampliación universal, persistiendo aún en nuestra época de una ciencia que pretende apartar "el dolor del vivir" por intermedio del conocimiento de las leyes de la vida y la dominación de la naturaleza por el hombre.

Los emperadores que siguieron a Heliogábalo no llegaron ni siquiera hasta los tobillos de este joven, gran sacerdote del sol. Del período que media entre la aparición del cristianismo y la caída del imperio romano, es conveniente que mencionemos a Teodora, esposa del emperador Justiniano. Cortesana al principio, esta emperatriz terminó en una especie de monja, protegiendo a sus ex colegas penitentes. En las cercanías de Constantinopla hizo construir un asilo para ellas. Algunos creen que ese asilo dio ocasión más tarde para la fundación de monasterios, capillas y otros refugios religiosos para los retirados del mundo.

El nombre de Magdalena es bien conocido desde hace veinte siglos. De acuerdo con la tradición católica, era una "pecadora" que se llamaba María, y que vivió en lujo y placeres en Magdala. La misma tradición cree que ella fue "poseída" por siete demonios (alusión a los siete pecados capitales). Ella en-

carna el tipo de la pecadora para la cual no existe ninguna esperanza de renovación.

Así la encontró Jesús. No es éste el lugar para exponer las controversias alrededor de la existencia o de la personalidad de Jesús. Las investigaciones comparativas relacionadas con su nombre llevan a la aproximación con los nombres de otros fundadores de religiones. Por analogía entre las prácticas cristianas y las mitriacas, egipcias y budistas, se llegaría a conclusiones sorprendentes en lo que respecta a la filiación de las doctrinas religiosas.

El hijo del carpintero José de Nazaret (algunos ponen en tela de juicio la paternidad y la localidad mencionadas) recibió el nombre de Jesús, cuyo sentido es cabalístico, o el de Cristo, lo que en griego significa "el ungido". Igual que Buda, quien se creía enviado de Dios, Jesús predicó a los hijos de Israel, divididos a la sazón en fariseos y saduceos, para purificarles la moral y espiritualizarlos. Debemos remarcar que la leyenda del último Buda es idéntica a la leyenda evangélica. Los esenios tenían prácticas similares a las de los shamanios de India, discípulos de Buda.

Los esenios

Entre los esenios se distinguían los terapeutas, quienes vivían solitarios en celdas. Los demás miembros, que se podían casar, formaban distintas aldeas, pequeñas sociedades comunistas que obedecían a los consejos de los ancianos. Comían en común, y comunes eran sus bienes. Llevaban una especie de túnica blanca. No tenían esclavos. Los célibes criaban a veces hijos extraños, para iniciarlos en los misterios de la secta. Esos misterios debían quedar solamente entre los miembros iniciados; los traidores eran excluidos y llegaban a perecer por el hambre, tan solidarios eran los esenios entre sí. Estos primeros cristianos, que eran agricultores, tejedores, carpinteros, prestaban su ayuda al prójimo pobre o enfermo. Sus prácticas tenían frecuentemente semejanza con las de la magia. Se ralearon debido al

celibato; de cuatro mil miembros, bajo Tito, su número llegó a ser insignificante cuando cayó Jerusalén.

Los esenios eran una especie de "comunistas abstemios". Su doctrina era una mezcla de las ideas místicas de los shamanios hindúes y de las concepciones espiritualistas de los filósofos griegos: Platón, Pitágoras, etc. Tenían dos centros principales: uno en Egipto, cerca del lago Maoris, otro en Palestina, en Engadi, cerca del Mar Muerto. Los ágapes fraternales, el noviciado de un año, los tres grados de la iniciación, la comunidad de bienes, la ley del silencio y otras normas de vida y de enseñanza, recuerdan de un modo sorprendente la organización de los pitagóricos. La preexistencia del alma y, pues, su inmortalidad, constituían también para ellos un dogma esencial. "El alma, que baja del éter más sutil (decían los esenios), es atraída hacia el cuerpo mediante un hechizo natural y permanece en él como en una prisión; liberada de los bienes corporales como de una esclavitud, el alma cobra después vuelo con alegría." (*Iosephus*, Antigüedades hebraicas, II. 8.).

Jesús perteneció a la secta de los esenios. Llevó su vida y recibió la más elevada iniciación, que no se ofrece más que en caso de una misión profética. Esta "cuarta iniciación" se llevaba a cabo en una gran sala cavada en una montaña, donde había un altar y sillas de piedra. El jefe de la secta, un anciano centenario, presentaba al iniciado el cáliz de oro con "vino de la viña del Señor". Afirma la tradición que también Moisés bebió de esa copa. La vida pública de Jesús comenzó después de esta iniciación. Lo que hoy se comprende por "espiritualismo" correspondía en su tiempo a la noción de "divinidad". La vida futura, el mundo de más allá que le prometía a sus oyentes, no se distinguían mucho de la "metempsicosis" de los pitagóricos o de la "reencarnación" de los budistas.

Cuando el nuevo Mesías, el enviado providencial que traía la buena nueva de la paz y del amor, encontró a Magdalena, ella vivía como una rica cortesana, vendiendo su belleza a los que buscaban solamente los placeres corporales. He aquí por qué quedó admirada y encantada cuando Jesús, al reprocharle su conducta, quiso orientarla hacia la vida espiritual, que se

halla por encima de las leyes de la vida social. Jesús no predicó la *moral*, que en esencia es conservadora y formulada por leyes abstractas. Él se dirigía al corazón, hablando en nombre de un ser superior que inspiraría el temor o, por lo menos, el respeto. La maravillosa elocuencia de Jesús atraía especialmente a los espíritus sencillos. Las mujeres lo recibían con alegría. Renán escribe en este sentido: "Tenía ante las mujeres esa conducta reservada que hace accesible una mansa unión de ideas entre los dos sexos... Tres o cuatro galileas devotas acompañaban siempre al joven maestro, disputándose el placer de escucharlo y cuidarlo. Ellas aportaban a la nueva secta un elemento de entusiasmo y de milagro, cuya importancia ha sido observada." Schuré escribe: "Las mujeres tienen un lugar aparte en el séquito de Jesús. Las madres o las hermanas de los discípulos, vírgenes tímidas o pecadoras penitentes, desparramaban tras sus pasos un aroma de amor, de tristeza y de esperanza. No debía comprobárseles de que él era el Mesías. Se sentían satisfechas con verlo."

Es muy natural que entre los fieles del Nazareno se encontrasen también "mujeres descarriadas", cortesanas que vivían al margen del "derecho común". La moral social es favorable a la mujer que se une a un hombre y condena a la que se consagra a varios hombres. Según Jesús, en el reino de los cielos, la una y la otra serán iguales. La escena en la que Magdalena se prosterna a los pies del Salvador, llorando y suspirando, es demasiado conocida a través de numerosas variantes literarias, para ser repetida aquí. Preguntando a Jesús si ella también podría llegar al cielo, él le contesta que si se arrepiente será mejor considerada que las reinas y las emperatrices terrenales. Y cuando Magdalena promete no pecar más, Jesús expresa con su gran indulgencia: "Mucho te será perdonado, por lo mucho que has amado"... Magdalena amó de todo corazón a su maestro y no lo abandonó jamás. Se sabe que el dogma de la resurrección se funda en sus declaraciones.

Si nos referimos a los textos evangélicos, no podemos decir mucho acerca de los vínculos de Jesús con las mujeres. Frecuentemente visitaba a Marta y a María, dos hermanas de Be-

tania, en cuya casa descansaba después de sus peregrinaciones y prédicas. De acuerdo con la doctrina de los mormones, una secta cristiana, Jesús no habría sido el hombre puro y casto; por el contrario, era polígamo... Semejantes afirmaciones parecen inútiles o, por lo menos, infundadas, si pensamos en las numerosas hipótesis relativas a la existencia de Jesús. Dupuis, por ejemplo, en *El origen de todos los cultos*, cree que la vida de Jesús es "una fábula solar". Cristo sería un hombre que personifica el sol; los misterios que se le consagran tienen todos los caracteres de la adoración solar. En una palabra, la religión cristiana continúa, bajo formas más humanizadas, el culto del sol, que constituye la base de las demás religiones. Los apologistas del cristianismo, como Tertuliano, reconocen algunas analogías con la religión de Mitra. Igual que los adoradores del sol, los cristianos hacen sus reverencias hacia el Este; las iglesias son construidas con su respectivo altar hacia el Oriente. El domingo es el día del sol... Estas investigaciones comparativas nos alejan de la personalidad de Jesús, cuya verdad permanece envuelta en milagro y leyenda.

Como hecho histórico y social, el cristianismo es considerado por muchos como un gran progreso ante el paganismo. Algunos, como Nietzsche, creen que es una religión de esclavos. De cualquiera manera, el cristianismo estableció el casamiento monógamo, haciendo del mismo una institución divina.

"Los Penitentes" entre los primeros cristianos

Magdalena no fue la única cortesana convertida al cristianismo en la época apostólica. Perseguidos por los amos del Estado, los apóstoles llevaban, como se dice hoy, una "acción clandestina". Ocultados en los suburbios de las grandes ciudades, en las catacumbas y chozas de los pobres, encontraban frecuentemente "hombres corrompidos", entre los cuales había también prostitutas. Algunas se convirtieron al cristianismo, sin abandonar su oficio. Otras, verdaderas santas, fueron canonizadas.

Entre las más conocidas está Santa María Egipcia, una artesana de buena familia. Imitando a Magdalena, se arrepintió retirándose en el desierto para salvarse de la tentación. Un tal Zozin la persiguió constantemente, pero la santa supo eludirlo.

Santa Teodata, virgen y cristiana, ha sido condenada a la pena de muerte por su creencia. Y ya que las leyes romanas prohibían dar muerte a una virgen, fue llevada a un lupanar para ser profanada. Fue salvada por un cristiano, quien cambió su ropa por la de ella para poder huir sin ser mancillada.

Entre los anacoretas, algunos fueron al principio famosos libertinos. No todos llegaron a la santidad. La soledad les incitaba a la lujuria; se torturaban a sí mismos para huir de la tentación. Si San Arsenio pudo resistir a una mujer histérica, son muchos los que fueron vencidos por los sentidos que se despertaron en ellos. Algunos de los anacoretas, hombres y mujeres, se retiraban en el desierto por no ser sociables. Alejados de las leyes y las costumbres controladas, podían sobrellevar una vida de sátiros y de ninfas, igual que en la época edénica o la de las cavernas. Los hechiceros o las brujas preferían desempeñar el papel de cuidadores de fuentes o de los sitios retirados, acechando mujeres u hombres. Los "sábados" del Medievo de las hechiceras y los herejes se celebraban por idénticos impulsos: la irrefrenable satisfacción de las pasiones durante la medianoche, bajo diabólicos disfraces o rituales cabalísticos.

So pretexto de practicar el ascetismo, algunos cristianos primitivos vivían en común, en monasterios que no estaban sometidos a ley alguna. Los severos reglamentos se dictaron más tarde, cuando el desenfreno adquirió raíces. Si ciertos monjes podían ser castos, eran víctimas de otros vicios: codicia, avaricia, holgazanería. Practicaban con exceso lo que criticaban a los paganos. La virtud monacal tiene, pues, sus defectos igual que cualquier otra virtud forzada. Los primeros cristianos tampoco eran virtuosos en el sentido de la moral oficial. El apóstol Pablo, en sus epístolas, les reprochaba sus costumbres. "Entre vosotros —escribe a los cristianos de Corinto— se manifiestan hechos tan desvergonzados que no los vemos ni en los paganos." (*Corint. I. v. 1*). El "pablismo" es una corriente

que se impuso especialmente en el cristianismo protestante; es riguroso y de un dogmatismo rabínico. Muchísimos cristianos estaban y están aún convencidos de que si Jesús salvó una vez a todos los hombres del pecado, debido a su sacrificio en la cruz, ellos pueden continuar pecando sin temor de ser castigados. Veremos cuáles fueron, tanto en el Medioevo como en la época moderna, las consecuencias de esa "doctrina" que afirma que el hijo del Señor ha salvado a la humanidad una vez para siempre del pecado cometido por Adán.